

BIBLIOTECA  
MADRID

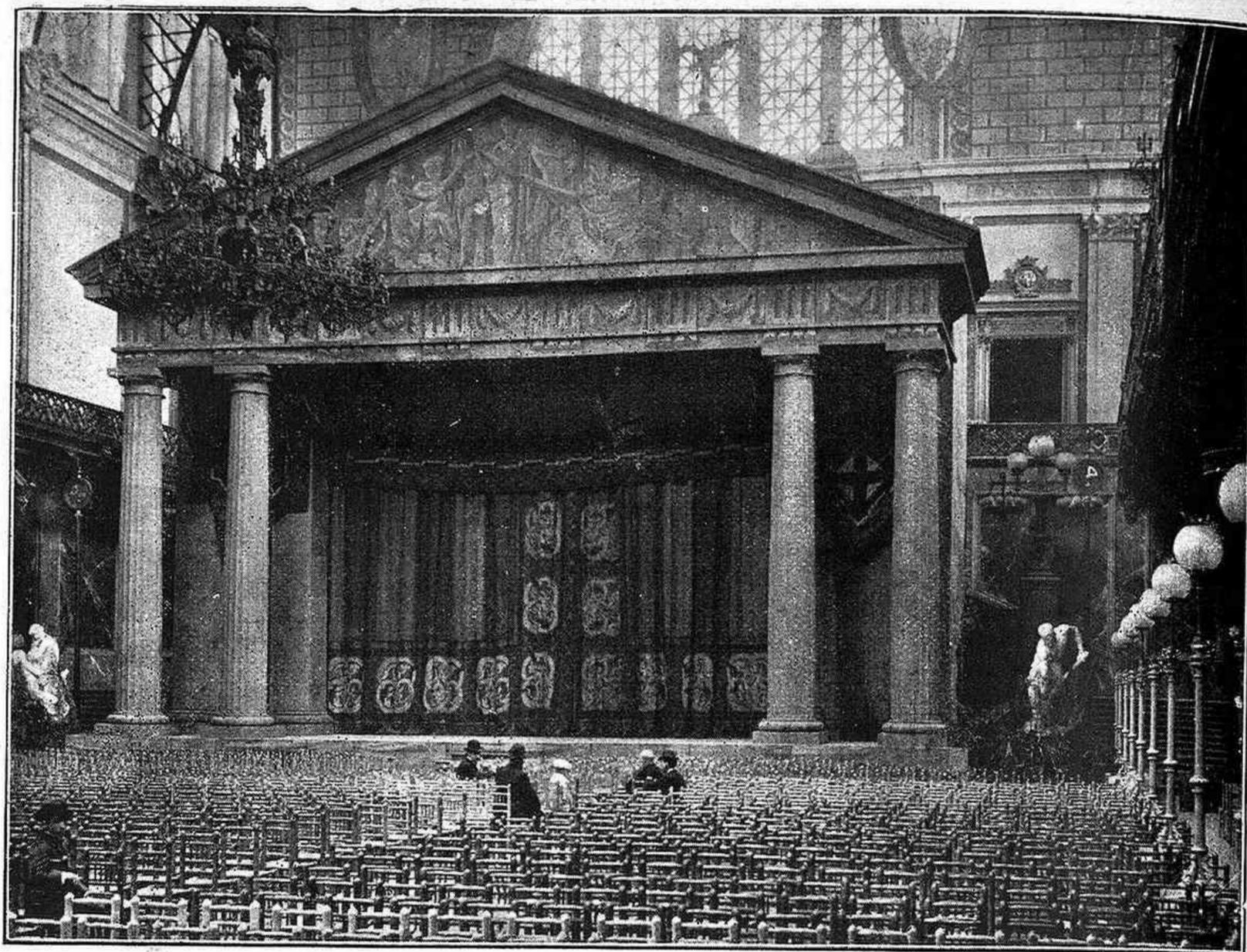
F. de Cidón



PLUMA Y LAPIZ

Número 136

SILUETAS FEMENINAS «DE LA CÁSCARA AMARGA», POR F. DE CIDÓN



ESCENARIO DONDE SE HAN VERIFICADO LAS REPRESENTACIONES DE LA TRILOGÍA HISTÓRICA CATALANA

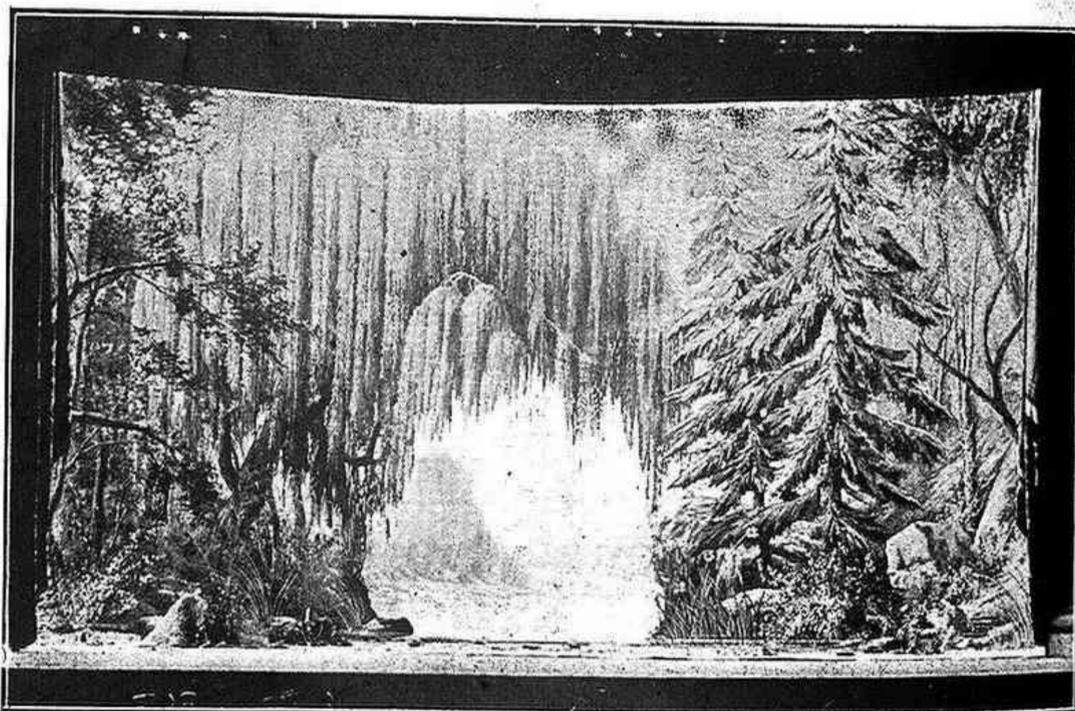
## ACONTECIMIENTOS ARTÍSTICOS

### Trilogía histórica catalana

CON el noble y levantado propósito de recaudar fondos con que contribuir á la restauración del histórico monasterio de Sant Cugat del Vallés, hoy en ruinas, el reverendo don Cayetano Soler, uno de los sacerdotes más ilustrados de la Cataluña intelectual, organizó en la semana pasada, en unión de otras varias distinguidas personalidades constituídas en comisión, un festival de carácter histórico, literario y artístico que ha venido á demostrar grandes alientos y la existencia de no escasos elementos para este género de demostraciones de la cultura nacional.

El gran salón del Palacio de Bellas Artes ofrecía brillante aspecto.

El fondo lo constituía un escenario de estilo griego puro, con cuatro columnas semejantes á las del Parthenon.



DECORACIÓN DE URGELLÉS PARA UNO DE LOS CUADROS ESCÉNICOS «CANIGÓ»

(Fotografías de Ramos Cobos.)

hacer, y arrojándose sobre la muerta, se abrazó á ella y empezó á gritar:

—No, no os la llevaréis, ahora es mía. Me la han matado y quiero tenerla; no os la llevaréis. —

Todos los hombres, emocionados é indecisos, permanecían de pie ante la madre. Renordet se arrodilló para hablarla y decirla:

—Escuche usted, Roque; es preciso llevarla para saber quién la ha matado: sin esto no se sabría. Hay que buscar el culpable para castigarle, y una vez que haya sido encontrado, yo le prometo que se le devolverá su hija. —

Estas razones convencieron á la mujer, y despertándose de pronto en su corazón un odio inmenso que denotó en sus miradas, dijo:

—¿De modo que lo cogerán al culpable?

—Sí; se lo prometo. —

Entonces la madre se levantó decidida á dejar que aquellas gentes obrasen á su antojo; pero como el capitán hubiese murmurado: «Es extraño que no se encuentren sus vestidos», una nueva idea, que no se le había ocurrido aún, acudió á su imaginación de aldeana.

—¿Dónde están las ropas?—preguntó.—Son más y las quiero. ¿Dónde las han puesto?—

Como la dijese que no aparecían por ninguna parte, la mujer las reclamó con desesperada obstinación, llorando y gimiendo.

—Son más y las quiero. ¿Dónde las han puesto?—

Cuanto más se intentaba calmarla, más sollozaba y se obstinaba; ya no pedía el cuerpo, quería las ropas, las ropas de su hija, tanto por inconsciente avaricia de menesterosa para quien una moneda representa una fortuna, como por ternura maternal.

Y cuando el cuerpo, cubierto con unas mantas que habían ido á buscar á casa de Renordet, fué puesto en el coche, la vieja, de pie bajo los árboles, sostenida por el alcalde y el capitán, gritaba:

—No me queda nada, nada en el mundo, nada, ni siquiera su cofia; no me queda nada, nada, ni siquiera su cofia.—

El cura, un joven muy gordo que acababa de llegar, se encargó de acompañar á la Roque, y ambos se fueron juntos hacia el pueblo. El dolor de la madre se calmaba con las cariñosas palabras del sacerdote, que la prometía mil compensaciones; pero la anciana repetía sin cesar: «Si tuviera siquiera su cofia», aferrándose á esta idea que dominaba entonces todas las demás.

—Señor cura, le espero á usted á almorzar dentro de una hora,—gritó de lejos Renordet.

—Con mucho gusto, señor alcalde—respondió el cura volviendo la cabeza.

Y todo el mundo se dirigió hacia la casa, cuya fachada gris y cuya torre edificada á orillas del Brindille se veía por entre de los árboles.

La comida duró mucho. Se habló del crimen, y todo el mundo era del mismo parecer. Había sido hazaña de algún vagabundo que pasaba casualmente por allí en el momento en que la muchacha se bañaba.

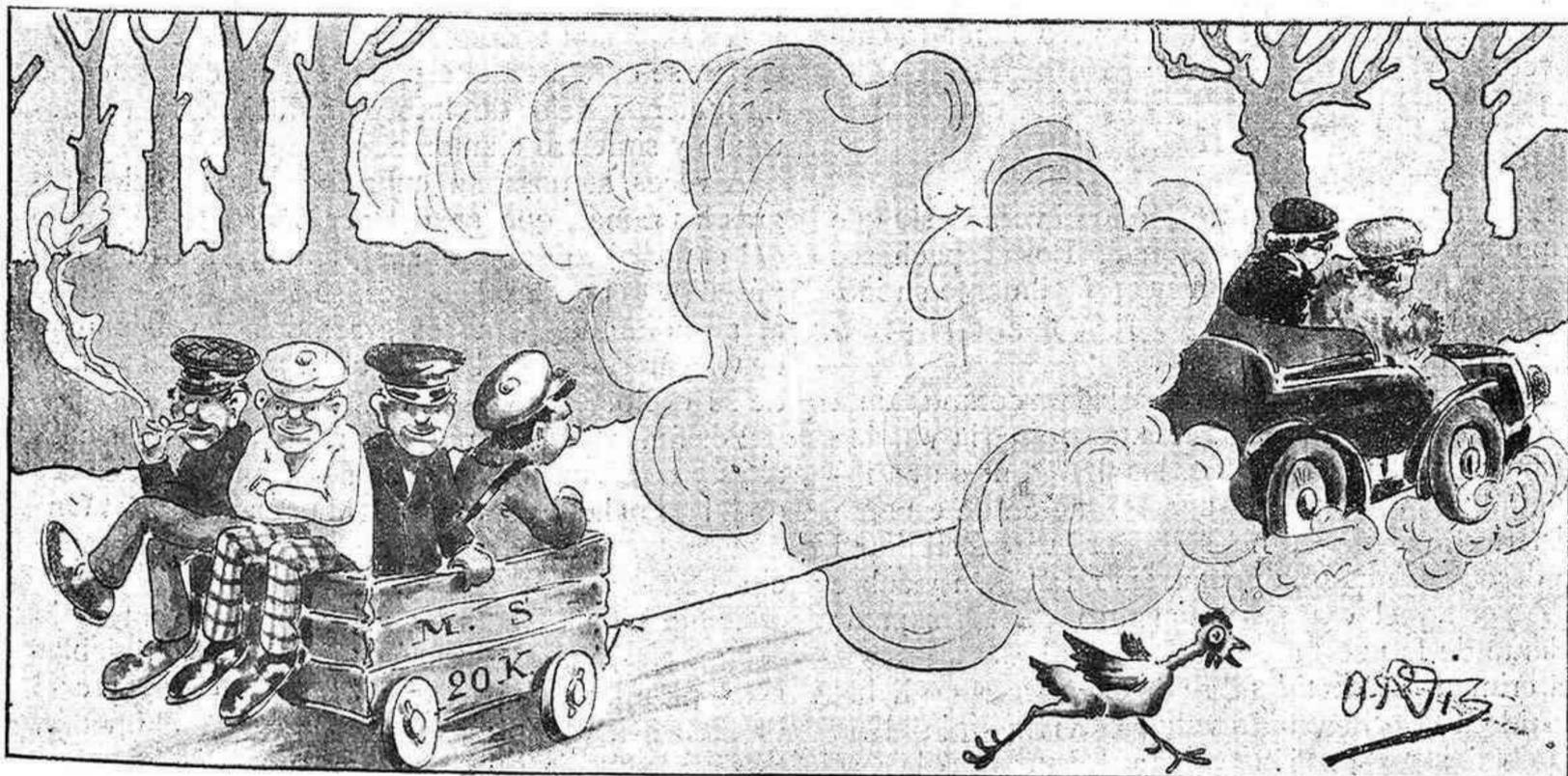
Terminada la comida, los curiales se fueron á Rony anunciando que volverían al día siguiente muy temprano, y el médico y el cura se fueron á su casa, mientras que Renordet, después de haber dado un largo rodeo por la pradera, se fué al oquedal, donde se paseó hasta la noche con paso lento y las manos cruzadas atrás.

Se acostó muy temprano, y al día siguiente aun dormía, cuando el juez de instrucción entró en su cuarto restregándose las manos y con gesto alegre, diciéndole:

—¡Oh! ¿Todavía duerme usted? Querido mío, ha de saber usted que hay novedades.

—¿Qué pasa?—dijo el alcalde sentándose en la cama.

### FANTASÍAS DE SPORT, por ORTIZ



—¿Conque á patita? ¿Eh?

(Todos á coro.) — El automóvil, mamá..

—¡Ah! Una cosa muy rara. ¿Se acuerda usted de que ayer reclamaba la Roque un recuerdo de su hija, su cofia sobre todo? Pues bien, al abrir la puerta esta mañana, ha encontrado en el umbral los zapatos de la niña. Esto prueba que el crimen ha sido cometido por alguno del país, por alguien que ha tenido piedad de la madre. Además, el cartero Mederico, me ha entregado el dedal, las tijeras y el alfilerero de la muerta, pues se conoce que el asesino, al llevarse las ropas para esconderlas, ha dejado caer los objetos contenidos en los bolsillos. Por mi parte, concedo sobre todo gran importancia al hecho de los zapatos, que indica cierta educación moral y alguna ternura en el asesino. Si le parece á usted, pues, vamos á pasar revista juntos á los principales vecinos del país.—

El alcalde, que se había levantado y llamaba para que le llevaran agua caliente para afeitarse, decía:

—Con mucho gusto; pero como la cosa será larga, debemos empezar en seguida.—

El señor Putoin se había puesto á horcajadas sobre una silla, consecuente con su manía hípica.

En aquel momento, Renordet se cubría la cara de espuma mirándose al espejo. Sentó el filo de la navaja de afeitar pasándola el cuero y dijo:

—El principal habitante de Corvelin se llama José Renordet, alcalde, rico propietario y hombre violento que apalea á sus guardas y cocheros...—

El juez de instrucción se echó á reír, diciendo:

—Basta, pasemos al siguiente.

—El segundo en importancia es el señor Pelle-dent, teniente alcalde, ganadero, rico propietario también, aldeano lagarto y astuto, muy vivo en cuestiones de dinero, pero incapaz, á mi juicio, de haber cometido semejante crimen.—

El señor Putoin dijo:

—Adelante.—

Entonces y al mismo tiempo que se afeitaba y se lavaba, Renordet continuó la revista moral de los habitantes de Corvelin. Después de dos horas de discusión, sus sospechas se habían fijado en tres individuos bastante sospechosos: un cazador furtivo llamado Cavalle, un pescador de truchas y cangrejos por nombre Paguet y un boyero llamado Clodoveo.

## II

Las indagaciones duraron todo el verano sin que se pudiese descubrir el criminal. Los sospechosos que fueron detenidos probaron fácilmente su inocencia y la justicia tuvo que renunciar á la persecución del asesino.

Pero aquel asesinato parecía haber conmovido á todo el país de una manera extraordinaria y había hecho nacer en el alma de los habitantes una inquietud, un vago temor, una sensación de espanto misterioso originada no sólo por la imposibilidad de descubrir ninguna huella, sino también y sobre todo por aquel extraño encuentro de los zapatos delante de la puerta de la Roque al día siguiente del crimen. La certidumbre de que el asesino había asistido á las diligencias y de que vivía en la aldea inquietaba los espíritus y parecía pesar sobre el país como una incesante amenaza.

Por otra parte, el oquedal se había convertido en un lugar temido y evitado que nadie se atrevía á frecuentar. Antes iban las gentes á pasearse allí

los domingos por las tardes, se sentaban sobre la hierba al pie de los grandes árboles, ó siguiendo el curso del río viendo nadar las truchas. Los muchachos jugaban á los bolos, al tângano y á la pelota en algunos lugares en que se había allanado el suelo, y las muchachas, en filas de cuatro ó cinco, se paseaban del brazo cantando con voces chillonas romanzas cuyas falsas notas estremecían el aire tranquilo y daban dentera como gotas de vinagre. Ahora ya nadie iba á pasear bajo la alta y espesa bóveda de los árboles, cual si se temiese encontrar allí algún cadáver tendido.

Llegó el otoño, y las hojas empezaron á caer. Caían día y noche, bajaban revoloteando, raudas y leves de lo alto de los grandes árboles y se empezaba á ver el cielo á través de las ramas. A veces, cuando una ráfaga de viento pasaba sobre sus copas, la lluvia lenta y continua de hojas aumentaba y se convertía en chaparrón que cubría el musgo de un espeso tapiz amarillo que crujía bajo los pies del paseante. Y el murmullo casi imperceptible, incesante, suave y triste del deshoje parecía una queja, y aquella lluvia cayendo siempre, parecía de lágrimas, lagrimones derramados por los grandes árboles tristes que lloraban noche y día por el fin del año, por el término de las auroras templadas y de los dulces crepúsculos, por la ausencia de las brisas cálidas y de los claros soles, y acaso también por el crimen que habían visto cometer á su sombra, por la niña violada y muerta á sus pies; lloraban el silencio del bosque desierto y vacío, del bosque abandonado y temido, donde debía errar sola el alma de la Roquecita.

El Brindille, engrosado por las tormentas, se deslizaba con más rapidez, amarillo y colérico entre sus agostadas riberas, entre dos filas de sauces delgados y desnudos.

Y he aquí que Renordet de pronto reanudó sus paseos por el oquedal. Todos los días, á la caída de la tarde, salía de su casa, bajaba con paso lento la escalinata exterior y se encaminaba hacia la arboleda con aire pensativo y las manos en los bolsillos. Paseaba largo rato sobre la hierba blanda y húmeda, mientras que una banda de cuervos llegados de los alrededores para dormir en las altas copas, se cernía en el espacio, extendiéndose como un inmenso velo de luto y produciendo un penetrante y siniestro clamoreo.

A veces, se posaban cubriendo de manchas negras las ramas, que se destacaban sobre el fondo del cielo rojizo, sobre el sangriento cielo de los crepúsculos del otoño. Después, se lanzaban de nuevo al aire dando espantosos graznidos y volviendo á desplegar sobre el bosque el largo festón sombrío de su vuelo.

Por fin, volvía á posarse sobre las copas más altas y cesaban poco á poco sus rumores, mientras que la noche, avanzando lentamente, iba confundiendo sus plumas negras con la negrura del espacio.

Y aun seguía Renordet errando lentamente bajo los árboles, y luego, cuando las opacas tinieblas no le permitían ya pasear, volvía á su casa y caía como una masa sobre su sofá ante la chimenea, tendiendo hacia el hogar sus húmedos pies que humeaban al calor del fuego.

En este estado las cosas, una mañana corrió por el país una gran noticia: el alcalde hacía talar su oquedal.

Veinte leñadores trabajaban ya, los cuales, en presencia del amo, habían empezado por el rincón más próximo á la casa y continuaban con bastante rapidez.

Primero trepaban á lo largo de los troncos los encargados de cortar las ramas.

Atados al tronco por un lazo de cuerda, lo abrazan primero, y después, levantando una pierna, le dan un fuerte golpe con la punta de acero unida al talón del zapato. La punta entra en la madera, permanece clavada, y el hombre se levanta sobre ella como sobre un peldaño para herir el tronco con la punta del otro pie, sobre el cual se sostendrá de nuevo para repetirlo con la primera.

Y á cada ascensión, va corriendo hacia arriba el lazo de cuerda que le une al árbol. En su cintura pende y brilla el hacha de acero, el leñador sigue trepando lentamente como un animal parásito que ataca á un gigante y sube poco á poco á lo largo de la inmensa columna abrazándola y agujijoneándola para ir á decapitarla.

Cuando llega á las primeras ramas, se detiene, se quita del costado el afilado hocino y hiere, hiere con lentitud, con método, cortando el miembro á raíz del tronco, y de pronto, la rama cruje, se cimbra, se desprende y cae rozando en su caída los árboles vecinos. Después choca contra el suelo produciendo gran ruido y todas sus ramitas parecen temblar unos instantes.

El suelo se cubría de despojos, que otros hombres cortaban á su vez formando haces y montones, mientras que los árboles que permanecían aún de pie parecían desmesurados postes, gigantescas estacas amputadas y rapadas por el constante acero de los hocinos.

Y cuando el leñador había acabado su labor de talar, dejaba en la cima del tronco el lazo de cuerda de que se había servido, bajaba en seguida valiéndose de sus espuelas á lo largo del tronco, al que otros leñadores atacaban por la base asestándole

enormes hechazos que resonaban en todo el resto del oquedal.

Cuando la herida del pie del árbol parecía bastante profunda, algunos hombres tiraban, lanzando cadencioso grito, de la cuerda atada á la cima, y el inmenso palo cruja de pronto y caía al suelo produciendo el sordo ruido de un lejano cañonazo.

Y el bosque menguaba cada día, perdiendo sus árboles caídos como pierde sus soldados un ejército.

Renordet no se movía de allí; allí se estaba de la mañana á la noche contemplando inmóvil con las manos atrás la muerte lenta de su oquedal. Cuando un árbol había caído, le ponía el pie encima como si fuese un cadáver, y luego fijaba sus ojos en el siguiente con una especie de secreta y tranquila impaciencia y cual si esperase algo al final de aquel sacrificio.

Ya iban aproximándose al lugar en que la Roquecilla había sido encontrada, y una tarde, á la hora del crepúsculo, se llegó, por fin, á él.

Como estaba nublado, los leñadores quisieron dejar su trabajo, aplazando para el día siguiente el derribo de una enorme haya; pero el amo se opuso y exigió que se talase en seguida aquel coloso que había dado sombra al crimen.

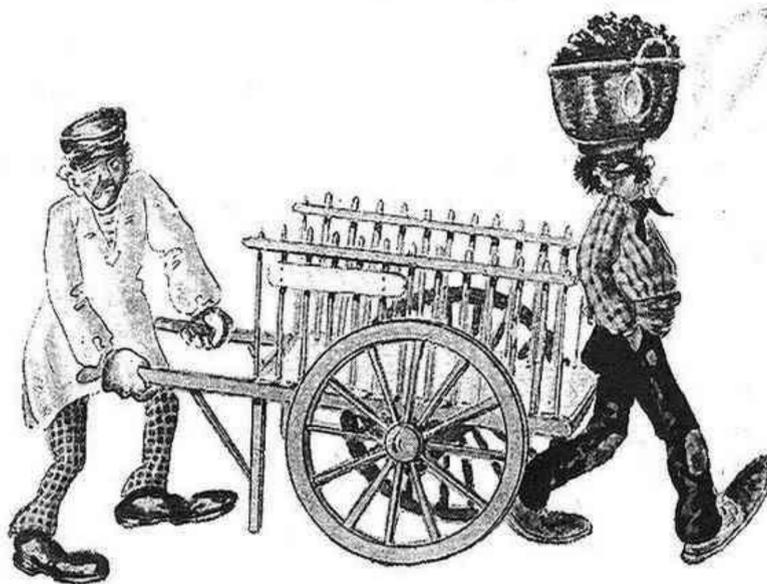
Cuando el leñador lo hubo desnudado preparándolo para el sacrificio y cuando los demás minaron su base, cinco hombres empezaron á tirar de la cuerda atada á lo alto.

El árbol resistió; su poderoso tronco, aunque cortado hasta la mitad, permanecía rígido como el acero. Los obreros, unidos todos, tiraban de la cuerda inclinándose hacia tierra, y produciendo un grito gutural que servía para aunar y regular los esfuerzos.

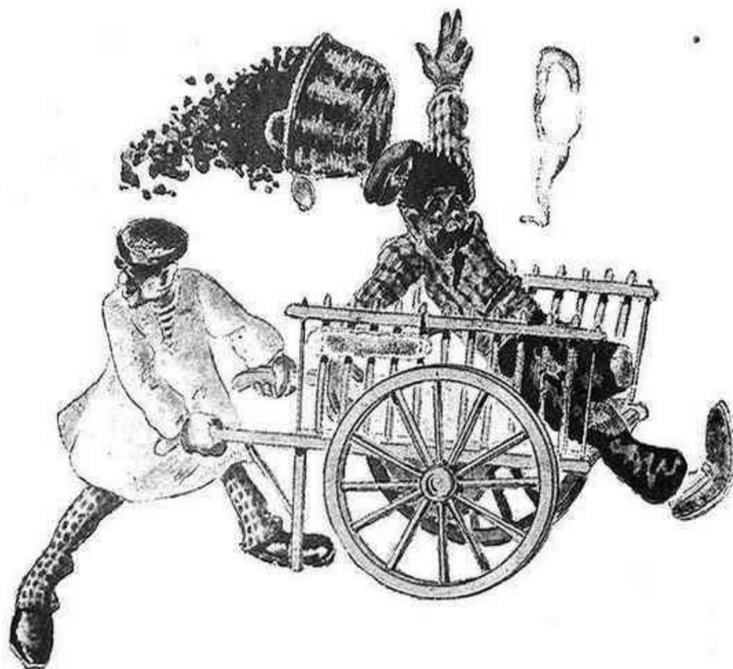
Dos leñadores, de pie junto al gigante, empuñaban el hacha, semejantes á dos verdugos dispuestos á reanudar sus tajos, y Renordet, inmóvil, con la mano apoyada en la corteza del árbol, esperaba la caída de la víctima con inquieta y nerviosa emoción.

(Se continuará.)

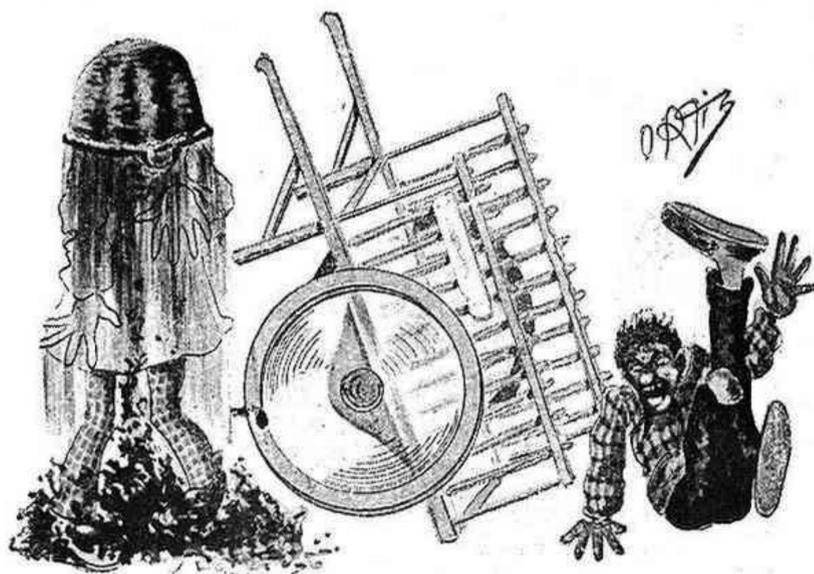
CARAMBOLA SUCIA, por ORTIZ



— ¡Vaya un susto que voy á dar á este carbonerito!



— ¡Camará, la que se me viene encimal



(El carbonero aparte.) — ¡Chínchate, por boceras!

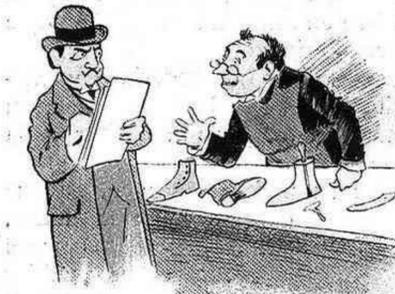
HOY, gracias á los periódicos de gran circulación y á las revistas ilustradas, todos los ciudadanos vivimos expuestos constantemente á que el día menos pensado no podamos salir de casa, sin que la gente nos señale con el dedo.

¡Ay infeliz del que por cualquier causa, llega á llamar sobre sí la pública atención!

¡Un verdadero enjambre de chicos de la prensa, le disparará sus instantáneas, sometiéndole á interminables interrogatorios!

Va un individuo por la calle, y tiene la mala fortuna de tropezar con un par de ladrones que lo desvalijan y desnudan completamente, dejándole como su madre lo parió. Grita pidiendo auxilio, y no bien se ausentan los malhechores, ya se ve rodeado de periodistas que lo enfocan con los aparatos, sometiéndole á un minucioso interrogatorio.

¿Quiénes le han puesto á usted así? ¿Qué llevaba usted en los bolsillos? ¿Por qué no se defendió usted? ¿Tiene usted frío? ¿Qué piensa usted hacer ahora? ¿Es usted casado, soltero ó viudo? ¿Qué oficio tiene usted?



El pobre hombre, en funciones de Adán interino, tiritando de frío y dándose á todos los diablos, trata de sustraerse de sus perseguidores, que le acompañan hasta su casa, asediándole y molándole á preguntas; y al siguiente día aparecen, no los ladrones ni los efectos robados, sino todos los periódicos con su biografía y su retrato, expuesto, en cueros vivos, á la vergüenza pública.

A lo mejor se le ocurre á un periodista contarnos cómo viven los zapateros, y se encamina con el lápiz y la instantánea á un taller de obra prima.

—¿Es muy duro el oficio?— él pregunta al maestro.—¿Cuántas medias suelas se pueden echar en un día? ¿A qué hora se levanta usted? ¿Qué come? ¿Se lleva usted bien con la familia?

Y al otro día, sale nuestro zapatero en los papeles públicos, machacando suela y contándole su vida á todo el mundo, por conducto del articulista, que encabeza su trabajo con el siguiente epígrafe: *Cómo viven en España los fabricantes de calzado.*

Otra vez es un pobre padre de familia sin medios de fortuna, que no se mete con nadie, á quien interrogan é instantáneas los reporteros.

—¿Cuánto gana usted?—le preguntan.—¿Quince duros al mes, nada más? ¿Y tiene usted siete hijos? ¿Cómo diablos se las arregla? ¿Tendrá usted muchas deudas?

Al día siguiente toda España conoce las intimidades y miserias de la historia del buen señor que, con su retrato al frente, publica cualquier revista ilustrada, bajo los títulos de: *Misterios de la vida, Los pobres de levita.*



móviles le impulsaban á ello? ¿La puerta tenía cerradura? ¿Cómo no se enteró usted hasta el amanecer? ¿Es usted sonámbula? ¿Dónde vive su señora? ¿En el 2.º? Permítame usted enfocarla. Bien. Ya está.

Y seguidamente sube las escaleras, llama á la puerta del 2.º, y se cuela dentro.

—Señora, ¿tendrá usted la bondad de decirme por qué no le ha satisfecho la soldada á la doméstica que acaba de salir? ¿Cree usted que importa más la loza que ha roto que el salario de un mes? ¿De modo que todavía se ha ido debiéndole á usted dos reales? ¿Su esposo de usted se ha introducido alguna noche á viva fuerza en el cuarto de la criada, forzando la cerradura de la puerta ó sea con las agravantes de nocturnidad y fractura? ¿Qué no es posible eso? ¿Por qué? ¿Está imposibilitado? ¿De resultados de un accidente? ¿No puede andar? Entonces, ¿qué razones habrá tenido la muchacha para inventar esa calumnia? ¿Me permite usted ver á su marido y enfocarlo? Buenos días. No se moleste usted. ¿Hace mucho que está usted paralítico?

Al fin, cansado de importunar y moler á preguntas á la pobre familia, el sacerdote de la prensa saca una fotografía del matrimonio; y en aquella misma semana, aparece en cualquier revista de actualidades, un artículo titulado: *Años y domésticas*, con los retratos de la señora, de su marido y de la sirvienta, poniéndolos á todos en ridículo.

Lo más triste del caso, es cuando los trompeteros de la fama, encuentran á cualquier infeliz, cosido á puñaladas en medio del arroyo, y, sin dejarle siquiera encomendar su alma á Dios, lo rematan á preguntas, y acaban por decirle, cuando ya está dando las boqueadas:

—A ver si haciendo un esfuerzo, puede usted incorporarse un poquito, para retratarle.

Y no ha faltado alguno, que recientemente, en una célebre causa por robo y homicidio, quiso suspender el juicio oral para fotografiar el imponente acto.

A este paso, cuando un reo de muerte introduzca el cuello en el garrote, se colocará un reporter con la máquina delante del patíbulo gritándole al verdugo:

—Espere usted un momento. Voy á sacar

una fotografía. Ejecutor: póngase usted más de perfil, y levántele un poco la cabeza al futuro interfecto. ¡Eso es! ¡Ya está! Gracias. Puede usted apretar el tornillo cuando guste.

Y será peor todavía que todo eso, cuando un reporter desahogado, después de someter á cualquiera á un abrumador interrogatorio, acabe por preguntarle:

—¿Tiene usted dinero? ¿Podría usted prestarme dos pesetas?

Y anda muchísima gente por esos mundos de Dios, que daría con gusto las dos pesetas y *aún* *mais*, por ver publicada su vera efigie en las revistas ilustradas; porque la vanidad es el flaco de los humanos.

Si continúa esa exhibición de retratos de criminales con sus historias íntimas, llegará á darse el caso de que un asesino, después de despachar á su víctima, se presente con las manos ensangrentadas en la redacción de un periódico ilustrado y diga:

—Acabo de matar á un prójimo, y vengo á que ustedes me retraten antes de que me metan en la cárcel.

¿Y qué diremos de los constantes interrogatorios á que viven sometidos los políticos más ó menos ilustres y los literatos de primera, segunda y tercera clase?

No sé quién dijo que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Ahora ya no hay grandes hombres para nadie, desde que los periódicos nos dan á conocer todas sus pequeñeces.

Envidioso de los chicos de la prensa, á quienes todo el mundo agasaja, porque explotan el filón de la vanidad que es el móvil de *casi todas* las grandes acciones humanas, á mí también me tentó el diablo una vez á meterme á reporter.

Armado de lápiz é instantánea, fui en cierta ocasión á interrogar á un personaje político, para conocer sus opiniones sobre la cuestión religiosa.

El tema resultaba de bastante actualidad, porque en aquellos momentos era, puede decirse con perdón, el caballo de batalla de unos y otros

bandos políticos. Yo creía firmemente que si á todo el mundo le sucedía lo que á mí, las opiniones de aquel caballero sobre dicho concreto punto, deberían tenerle absolutamente sin cuidado; pero no era cosa de despreciar ocasión tan bonita para hacer una información periodística que causase en los lectores del periódico el asombro apetecido, que se comentase en los círculos políticos, se

discutiese en el salón del casino y en las mesas de los cafés y me diese al fin y al cabo una alternativa con la que nunca soñé, haciendo exclamar á la gente: ¡al concluir de leer la información:—¡Caramba! Este chico... ¡con que gente más gorda se trata!... No, lo que es siguiendo así, llegará lejos.

Y donde llegué, por lo pronto, fué á casa del conspicuo á quien elegí por víctima para mis ensayos reporteriles, que Dios Nuestro Señor, no me tenga en cuenta.

Aquel hombre, todo fachado, y preñado de frases huecas y lugares comunes, estaba sentado delante de una mesa llena de papeles; y tenía á su vera, un magnífico perro de Terranova que dirigió hacia mí su inteligente mirada.

En aquel instante, me vinieron ganas de interrogar al perro, que seguramente tenía ideas más claras y opiniones más propias, que las de su amo.

No obstante, aquel Júpiter Olímpico de la política, me causó una turbación indecible.

Aturdíme, no su alta posición social; como me aturdiría una pirámide de Egipto en donde todo es piedra.

Y el aturdimiento, me causó tal remolino de ideas, que en aquel momento sólo me acordé del padre Astete, y la primera pregunta que le dirigí, con gran asombro suyo, fué la siguiente:

—Pregunto. ¿Sois cristiano?

Seguramente el buen señor, ante la lluvia de incongruentes interrogaciones que le disparé, formó de mí la misma opinión que yo he formado de él. Debí creerme tonto.

Después, quise retratarle, pero se movió la instantánea, y en vez de enfocarle á él, enfoqué al perro.

En el periódico donde publiqué mi entrevista, á punto estuvo de salir el de Terranova con el siguiente epígrafe debajo: «Retrato del excelentísimo señor don Fulano de Tal.»

Pero se rectificó el error á tiempo, evitándole así un horrible disgusto... ¡al pobre perro!

¡Le hubiera parecido muy mal, que le confundiesen con su amo!

ENRIQUE LABARTA

Hay reporter que sale á la calle, armado de instantánea en busca de asuntos, ve á cualquier muchacha llorando en un portal, y se acerca á ella, con el aparato en ristre, diciéndole:

—¿Por qué llora usted? ¿Es usted doméstica? ¿Se ha salido usted de esa casa y la señora no quiere pagarle la soldada? ¿Por qué? ¿Qué le daban de comer? ¿Caldo y sardinas? ¿Las sardinas eran cabezudas? ¿El señorito pretendía introducirse en el cuarto de usted? ¿Qué

moviles le impulsaban á ello? ¿La puerta tenía cerradura? ¿Cómo no se enteró usted hasta el amanecer? ¿Es usted sonámbula? ¿Dónde vive su señora? ¿En el 2.º? Permítame usted enfocarla. Bien. Ya está.

Y seguidamente sube las escaleras, llama á la puerta del 2.º, y se cuela dentro.

—Señora, ¿tendrá usted la bondad de decirme por qué no le ha satisfecho la soldada á la doméstica que acaba de salir? ¿Cree usted que importa más la loza que ha roto que el salario de un mes? ¿De modo que todavía se ha ido debiéndole á usted dos reales? ¿Su esposo de usted se ha introducido alguna noche á viva fuerza en el cuarto de la criada, forzando la cerradura de la puerta ó sea con las agravantes de nocturnidad y fractura? ¿Qué no es posible eso? ¿Por qué? ¿Está imposibilitado? ¿De resultados de un accidente? ¿No puede andar? Entonces, ¿qué razones habrá tenido la muchacha para inventar esa calumnia? ¿Me permite usted ver á su marido y enfocarlo? Buenos días. No se moleste usted. ¿Hace mucho que está usted paralítico?

Al fin, cansado de importunar y moler á preguntas á la pobre familia, el sacerdote de la prensa saca una fotografía del matrimonio; y en aquella misma semana, aparece en cualquier revista de actualidades, un artículo titulado: *Años y domésticas*, con los retratos de la señora, de su marido y de la sirvienta, poniéndolos á todos en ridículo.

Lo más triste del caso, es cuando los trompeteros de la fama, encuentran á cualquier infeliz, cosido á puñaladas en medio del arroyo, y, sin dejarle siquiera encomendar su alma á Dios, lo rematan á preguntas, y acaban por decirle, cuando ya está dando las boqueadas:

—A ver si haciendo un esfuerzo, puede usted incorporarse un poquito, para retratarle.

Y no ha faltado alguno, que recientemente, en una célebre causa por robo y homicidio, quiso suspender el juicio oral para fotografiar el imponente acto.

A este paso, cuando un reo de muerte introduzca el cuello en el garrote, se colocará un reporter con la máquina delante del patíbulo gritándole al verdugo:

—Espere usted un momento. Voy á sacar

una fotografía. Ejecutor: póngase usted más de perfil, y levántele un poco la cabeza al futuro interfecto. ¡Eso es! ¡Ya está! Gracias. Puede usted apretar el tornillo cuando guste.

Y será peor todavía que todo eso, cuando un reporter desahogado, después de someter á cualquiera á un abrumador interrogatorio, acabe por preguntarle:

—¿Tiene usted dinero? ¿Podría usted prestarme dos pesetas?

Y anda muchísima gente por esos mundos de Dios, que daría con gusto las dos pesetas y *aún* *mais*, por ver publicada su vera efigie en las revistas ilustradas; porque la vanidad es el flaco de los humanos.

Si continúa esa exhibición de retratos de criminales con sus historias íntimas, llegará á darse el caso de que un asesino, después de despachar á su víctima, se presente con las manos ensangrentadas en la redacción de un periódico ilustrado y diga:

—Acabo de matar á un prójimo, y vengo á que ustedes me retraten antes de que me metan en la cárcel.

¿Y qué diremos de los constantes interrogatorios á que viven sometidos los políticos más ó menos ilustres y los literatos de primera, segunda y tercera clase?

No sé quién dijo que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Ahora ya no hay grandes hombres para nadie, desde que los periódicos nos dan á conocer todas sus pequeñeces.

Envidioso de los chicos de la prensa, á quienes todo el mundo agasaja, porque explotan el filón de la vanidad que es el móvil de *casi todas* las grandes acciones humanas, á mí también me tentó el diablo una vez á meterme á reporter.

Armado de lápiz é instantánea, fui en cierta ocasión á interrogar á un personaje político, para conocer sus opiniones sobre la cuestión religiosa.

El tema resultaba de bastante actualidad, porque en aquellos momentos era, puede decirse con perdón, el caballo de batalla de unos y otros

bandos políticos. Yo creía firmemente que si á todo el mundo le sucedía lo que á mí, las opiniones de aquel caballero sobre dicho concreto punto, deberían tenerle absolutamente sin cuidado; pero no era cosa de despreciar ocasión tan bonita para hacer una información periodística que causase en los lectores del periódico el asombro apetecido, que se comentase en los círculos políticos, se

discutiese en el salón del casino y en las mesas de los cafés y me diese al fin y al cabo una alternativa con la que nunca soñé, haciendo exclamar á la gente: ¡al concluir de leer la información:—¡Caramba! Este chico... ¡con que gente más gorda se trata!... No, lo que es siguiendo así, llegará lejos.

Y donde llegué, por lo pronto, fué á casa del conspicuo á quien elegí por víctima para mis ensayos reporteriles, que Dios Nuestro Señor, no me tenga en cuenta.

Aquel hombre, todo fachado, y preñado de frases huecas y lugares comunes, estaba sentado delante de una mesa llena de papeles; y tenía á su vera, un magnífico perro de Terranova que dirigió hacia mí su inteligente mirada.

En aquel instante, me vinieron ganas de interrogar al perro, que seguramente tenía ideas más claras y opiniones más propias, que las de su amo.

No obstante, aquel Júpiter Olímpico de la política, me causó una turbación indecible.

Aturdíme, no su alta posición social; como me aturdiría una pirámide de Egipto en donde todo es piedra.

Y el aturdimiento, me causó tal remolino de ideas, que en aquel momento sólo me acordé del padre Astete, y la primera pregunta que le dirigí, con gran asombro suyo, fué la siguiente:

—Pregunto. ¿Sois cristiano?

Seguramente el buen señor, ante la lluvia de incongruentes interrogaciones que le disparé, formó de mí la misma opinión que yo he formado de él. Debí creerme tonto.

Después, quise retratarle, pero se movió la instantánea, y en vez de enfocarle á él, enfoqué al perro.

En el periódico donde publiqué mi entrevista, á punto estuvo de salir el de Terranova con el siguiente epígrafe debajo: «Retrato del excelentísimo señor don Fulano de Tal.»

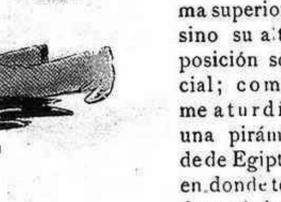
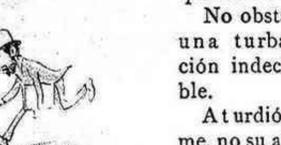
Pero se rectificó el error á tiempo, evitándole así un horrible disgusto... ¡al pobre perro!

¡Le hubiera parecido muy mal, que le confundiesen con su amo!

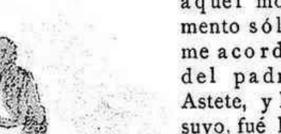
ENRIQUE LABARTA



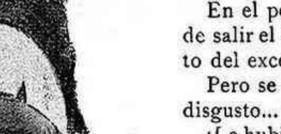
las revistas ilustradas; porque la vanidad es el flaco de los humanos.



Si continúa esa exhibición de retratos de criminales con sus historias íntimas, llegará á darse el caso de que un asesino, después de despachar á su víctima, se presente con las manos ensangrentadas en la redacción de un periódico ilustrado y diga:



—Acabo de matar á un prójimo, y vengo á que ustedes me retraten antes de que me metan en la cárcel.



¿Y qué diremos de los constantes interrogatorios á que viven sometidos los políticos más ó menos ilustres y los literatos de primera, segunda y tercera clase?



No sé quién dijo que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. Ahora ya no hay grandes hombres para nadie, desde que los periódicos nos dan á conocer todas sus pequeñeces.



Envidioso de los chicos de la prensa, á quienes todo el mundo agasaja, porque explotan el filón de la vanidad que es el móvil de *casi todas* las grandes acciones humanas, á mí también me tentó el diablo una vez á meterme á reporter.

Armado de lápiz é instantánea, fui en cierta ocasión á interrogar á un personaje político, para conocer sus opiniones sobre la cuestión religiosa.

El tema resultaba de bastante actualidad, porque en aquellos momentos era, puede decirse con perdón, el caballo de batalla de unos y otros

bandos políticos. Yo creía firmemente que si á todo el mundo le sucedía lo que á mí, las opiniones de aquel caballero sobre dicho concreto punto, deberían tenerle absolutamente sin cuidado; pero no era cosa de despreciar ocasión tan bonita para hacer una información periodística que causase en los lectores del periódico el asombro apetecido, que se comentase en los círculos políticos, se

discutiese en el salón del casino y en las mesas de los cafés y me diese al fin y al cabo una alternativa con la que nunca soñé, haciendo exclamar á la gente: ¡al concluir de leer la información:—¡Caramba! Este chico... ¡con que gente más gorda se trata!... No, lo que es siguiendo así, llegará lejos.

Y donde llegué, por lo pronto, fué á casa del conspicuo á quien elegí por víctima para mis ensayos reporteriles, que Dios Nuestro Señor, no me tenga en cuenta.

Aquel hombre, todo fachado, y preñado de frases huecas y lugares comunes, estaba sentado delante de una mesa llena de papeles; y tenía á su vera, un magnífico perro de Terranova que dirigió hacia mí su inteligente mirada.

En aquel instante, me vinieron ganas de interrogar al perro, que seguramente tenía ideas más claras y opiniones más propias, que las de su amo.

No obstante, aquel Júpiter Olímpico de la política, me causó una turbación indecible.

Aturdíme, no su alta posición social; como me aturdiría una pirámide de Egipto en donde todo es piedra.

Y el aturdimiento, me causó tal remolino de ideas, que en aquel momento sólo me acordé del padre Astete, y la primera pregunta que le dirigí, con gran asombro suyo, fué la siguiente:

—Pregunto. ¿Sois cristiano?

Seguramente el buen señor, ante la lluvia de incongruentes interrogaciones que le disparé, formó de mí la misma opinión que yo he formado de él. Debí creerme tonto.

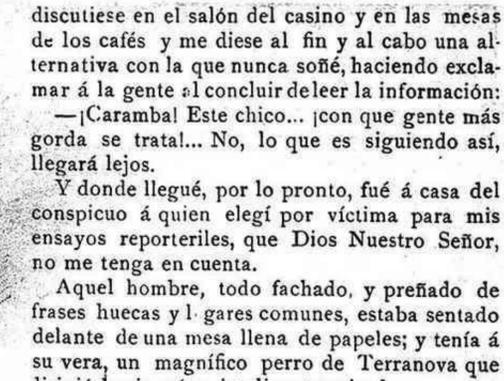
Después, quise retratarle, pero se movió la instantánea, y en vez de enfocarle á él, enfoqué al perro.

En el periódico donde publiqué mi entrevista, á punto estuvo de salir el de Terranova con el siguiente epígrafe debajo: «Retrato del excelentísimo señor don Fulano de Tal.»

Pero se rectificó el error á tiempo, evitándole así un horrible disgusto... ¡al pobre perro!

¡Le hubiera parecido muy mal, que le confundiesen con su amo!

ENRIQUE LABARTA



discutiese en el salón del casino y en las mesas de los cafés y me diese al fin y al cabo una alternativa con la que nunca soñé, haciendo exclamar á la gente: ¡al concluir de leer la información:—¡Caramba! Este chico... ¡con que gente más gorda se trata!... No, lo que es siguiendo así, llegará lejos.

Y donde llegué, por lo pronto, fué á casa del conspicuo á quien elegí por víctima para mis ensayos reporteriles, que Dios Nuestro Señor, no me tenga en cuenta.

Aquel hombre, todo fachado, y preñado de frases huecas y lugares comunes, estaba sentado delante de una mesa llena de papeles; y tenía á su vera, un magnífico perro de Terranova que dirigió hacia mí su inteligente mirada.

En aquel instante, me vinieron ganas de interrogar al perro, que seguramente tenía ideas más claras y opiniones más propias, que las de su amo.

No obstante, aquel Júpiter Olímpico de la política, me causó una turbación indecible.

Aturdíme, no su alta posición social; como me aturdiría una pirámide de Egipto en donde todo es piedra.

Y el aturdimiento, me causó tal remolino de ideas, que en aquel momento sólo me acordé del padre Astete, y la primera pregunta que le dirigí, con gran asombro suyo, fué la siguiente:

—Pregunto. ¿Sois cristiano?

Seguramente el buen señor, ante la lluvia de incongruentes interrogaciones que le disparé, formó de mí la misma opinión que yo he formado de él. Debí creerme tonto.

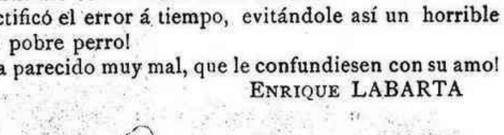
Después, quise retratarle, pero se movió la instantánea, y en vez de enfocarle á él, enfoqué al perro.

En el periódico donde publiqué mi entrevista, á punto estuvo de salir el de Terranova con el siguiente epígrafe debajo: «Retrato del excelentísimo señor don Fulano de Tal.»

Pero se rectificó el error á tiempo, evitándole así un horrible disgusto... ¡al pobre perro!

¡Le hubiera parecido muy mal, que le confundiesen con su amo!

ENRIQUE LABARTA



discutiese en el salón del casino y en las mesas de los cafés y me diese al fin y al cabo una alternativa con la que nunca soñé, haciendo exclamar á la gente: ¡al concluir de leer la información:—¡Caramba! Este chico... ¡con que gente más gorda se trata!... No, lo que es siguiendo así, llegará lejos.

Y donde llegué, por lo pronto, fué á casa del conspicuo á quien elegí por víctima para mis ensayos reporteriles, que Dios Nuestro Señor, no me tenga en cuenta.

Aquel hombre, todo fachado, y preñado de frases huecas y lugares comunes, estaba sentado delante de una mesa llena de papeles; y tenía á su vera, un magnífico perro de Terranova que dirigió hacia mí su inteligente mirada.

En aquel instante, me vinieron ganas de interrogar al perro, que seguramente tenía ideas más claras y opiniones más propias, que las de su amo.

No obstante, aquel Júpiter Olímpico de la política, me causó una turbación indecible.

Aturdíme, no su alta posición social; como me aturdiría una pirámide de Egipto en donde todo es piedra.

Y el aturdimiento, me causó tal remolino de ideas, que en aquel momento sólo me acordé del padre Astete, y la primera pregunta que le dirigí, con gran asombro suyo, fué la siguiente:

—Pregunto. ¿Sois cristiano?

Seguramente el buen señor, ante la lluvia de incongruentes interrogaciones que le disparé, formó de mí la misma opinión que yo he formado de él. Debí creerme tonto.

Después, quise retratarle, pero se movió la instantánea, y en vez de enfocarle á él, enfoqué al perro.

En el periódico donde publiqué mi entrevista, á punto estuvo de salir el de Terranova con el siguiente epígrafe debajo: «Retrato del excelentísimo señor don Fulano de Tal.»

Pero se rectificó el error á tiempo, evitándole así un horrible disgusto... ¡al pobre perro!

¡Le hubiera parecido muy mal, que le confundiesen con su amo!

ENRIQUE LABARTA



ARTE MODERNO

PLAFÓN DECORATIVO

## Misericordia

VACILANTE y débil  
como arista vana  
que en otoño los vientos sacuden  
en los círculos mil de su danza,  
de tu larga vida  
te miro al extremo marchar con tu carga,  
y yo, joven, no puedo aliviarte  
del cansancio que dobla tu espalda.

A tus nobles ojos  
de dulce mirada  
ya se asoman los visos del ópalo  
que caducas tristezas delatan.  
Resignada miras  
tu luz que se apaga,  
y me dices con tono de niño:  
«Ya poco me falta,  
quizás cuando lleguen

del invierno las frías nevadas,  
bajarán á posarse en mi fosa  
los copos que labren mi fría mortaja.»

Yo no sé en mis entrañas qué siento  
cuando escucho esas tristes palabras,  
y observo que oscila  
cual trémula llama  
el espíritu débil que tiembla  
en tu ser como agónica lámpara.

Si ardiera mi sangre,  
y lumbre brotara  
de mis huesos, al fuego arrojados  
como leña al furor de las ascuas,  
de mi carne viva  
las fibras quemara,  
para hacer una pira que diese  
calor á tu cuerpo, y vida á tu alma.

¿Qué logró tu anhelo  
tras vida tan larga?  
Tu hogar amoroso  
quedó sin compañía,  
dispersaron tus hijos el vuelo  
en libre bandada,  
y quedóse en tu noche perenne  
redoblando tus míseras ansias,  
tu recuerdo, que horada tu vida  
como isócrona gota de agua.

No llores, no llores,  
que me oprimen el pecho tus lágrimas;  
tú no irás cual mendigo á la puerta  
en que da la bondad una gracia.

Mi mesa es humilde,  
modesta es mi casa,  
pero en ella la luz de los cielos,  
juventud y cariño no faltan.  
Me verás de noche  
en mis mudas y solas veladas  
componer las poesías que ansiosa  
deletrea tu vista cansada.

La vejez no duerme  
y oirla me encanta;  
me dirás cien historias sabrosas  
de duendes y hadas;  
y en el ritmo vibrante y preciso  
que la idea condensa en palabras,  
les daré con la rima sonora  
las plumas de oro que formen sus alas.

Como el pájaro cuelga su nido  
de viga cascada  
que del techo las piedras sostiene,  
yo pondré la poesía en tus canas;  
y quizás como el tronco recuerda  
que, verde, las aves sostuvo en sus ramas,  
sentirás de tus frescos abriles  
los sueños que vuelven de nuevo á tu alma.

SALVADOR RUEDA



—Pero ¿has visto que manera de subir los francos?  
—,Calla, hombre!.. que así no hay capital que lo resista.

### CUADRO PRIMERO, ESCENA PRIMERA



LADIO, señor Codorniu

SIDORO, señor Rodríguez

CHISCO, señor Soucases

De esta obra — escribe un ilustrado é imparcial crítico teatral — estrenada con éxito extraordinario en el Teatro Nuevo, podríamos decir mucho bueno y algo mediano. En conjunto, el libro de los señores López Marín y Lastra, está bien concebido, y revela en sus autores un conocimiento del teatro que tienen ya acreditado de sobra. No obstante, la obra ganaría mucho si se mutilasen algunas escenas, sobre todo en los dos primeros cuadros, hábilmente preparados y de bien estudiados efectos. Con ello evitaríase cierta languidez, que si no influye en el buen éxito, sí le quita alguna brillantez. El último cuadro es el más teatral sin disputa; y también el más feliz de frase. El público entró en él sin reservas, y al

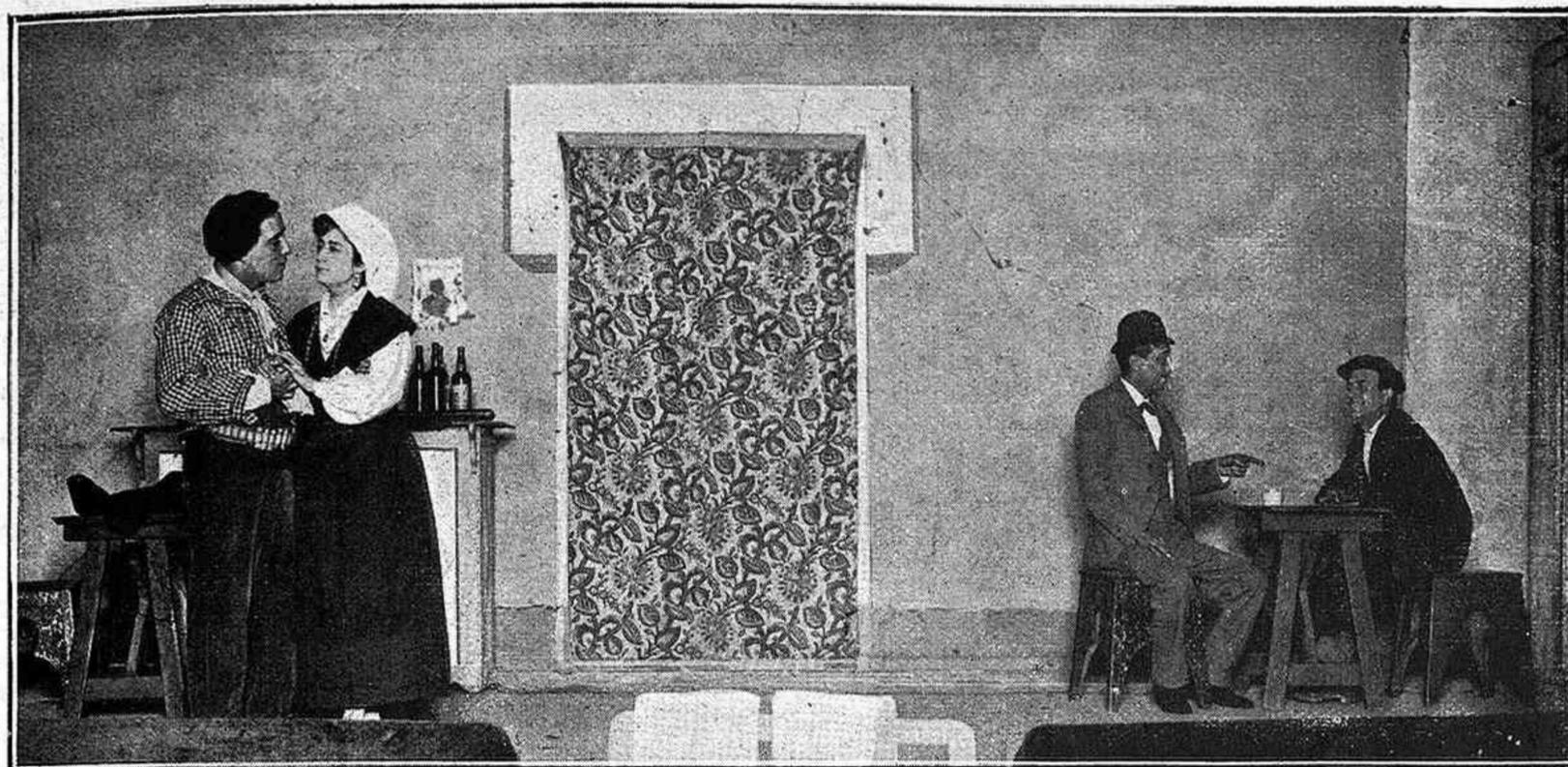
### CUADRO SEGUNDO, ESCENA SEGUNDA



GLORIA, señora Salvador

JORRITO, señor Riquelme

CUADRO PRIMERO, ESCENA SÉPTIMA



SIDORO, señor Rodríguez  
NINCA, señorita García Senra

JORRITO, señor Riquelme  
CHISCO, señor Soucaces

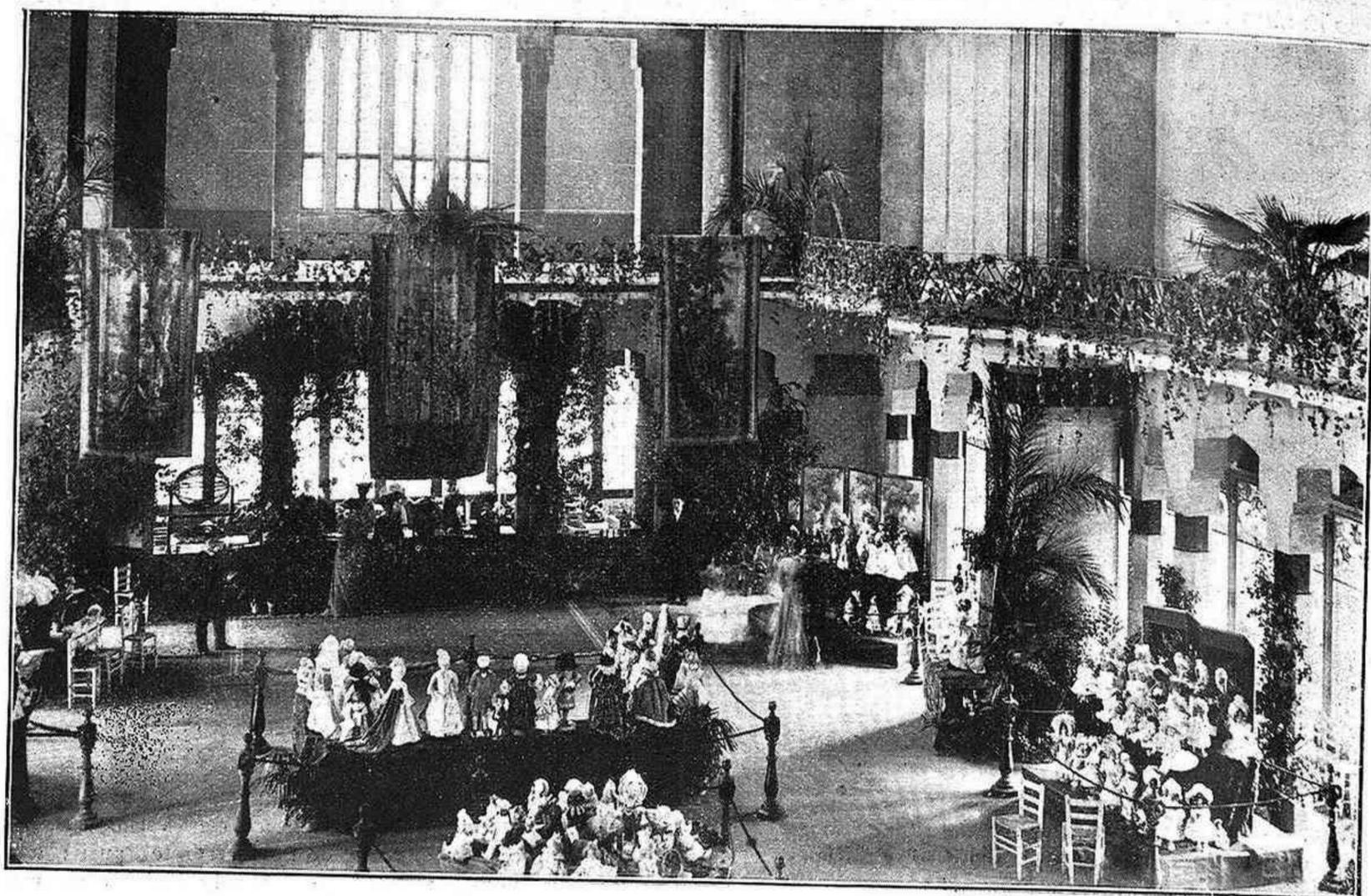
caer el telón pidió la salida de los autores. Se presentó en el proscenio el señor Lastra, pues sus compañeros no pudieron á última hora venir á Barcelona, como se había anunciado. El distinguido literato hubo de salir á escena varias veces, siendo objeto de entusiastas plácemes. Pepe Riquelme hizo la obra con cariño; el resto de los intérpretes pusieron también en la empresa toda su buena voluntad, mereciendo aplausos la señora Senra y los señores Ibarrola, Simó y demás compañeros. El decorado muy en carácter, saliendo también al proscenio el escenógrafo señor Comelerán.

Un aplauso final muy entusiasta merecen los inspirados maestros Calleja y Lleó. La música de *Copito de Nieve* es fresca, y, sobre todo, el dúo del primer cuadro se hará pronto popular. Nuestra enhorabuena á todos: autores, intérpretes y empresa.

CUADRO SEGUNDO, ESCENA QUINTA



JORRITO, señor Riquelme. — CORO DE HOMBRES



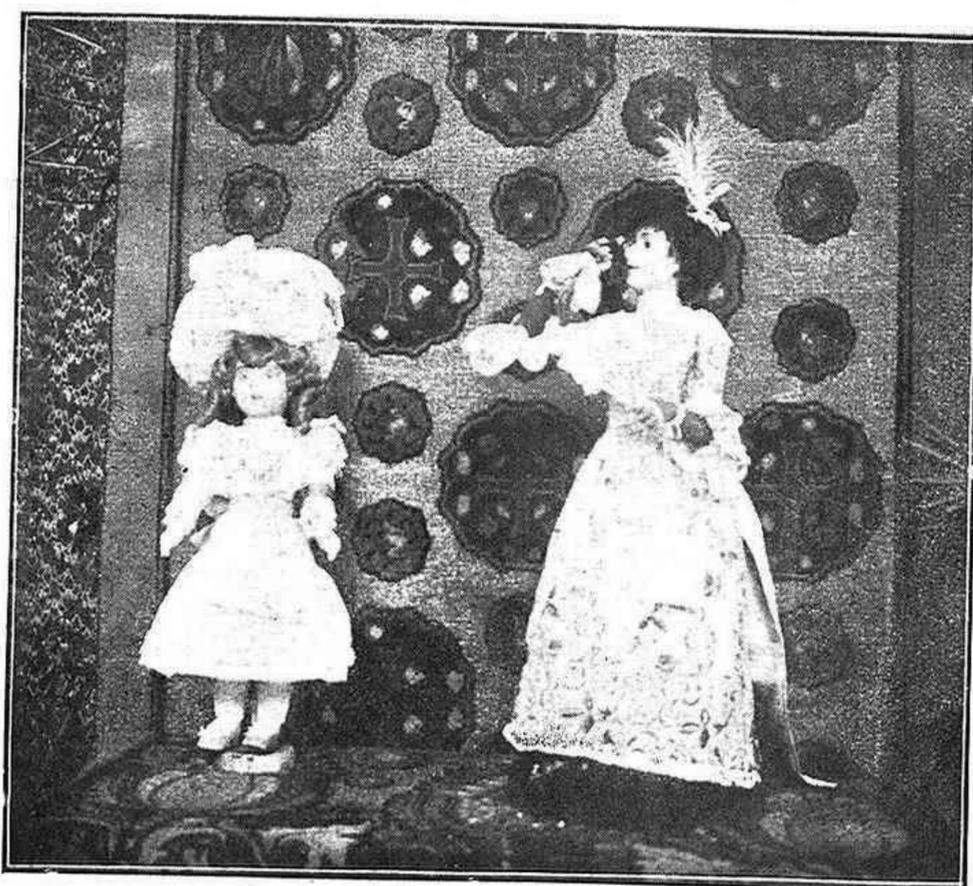
ASPECTO GENERAL DE LA EXPOSICIÓN Y CONCURSO DE MUÑECAS

LA Exposición y concurso de muñecas, inaugurados la semana última en el Palacio Restaurant del Parque y de los cuales publicamos las adjuntas impresiones fotográficas, han constituido y aun siguen constituyendo una actualidad tan elegante y simpática, que no podemos sustraernos al deseo de dar á los lectores, con los clichés presentes, una ligera idea de fiesta tan original como aristocrática.

El objetivo de la idea no ha sido otro que el caritativo propósito de contribuir al sostenimiento del Asilo de la cuna del Niño Jesús. En ese asilo, instalado en Madrid, encuentran amparo los niños huérfanos y los hijos de obreros, que por las ocupaciones y

falta de recursos de sus padres, se ven casi abandonados.

Ese asilo es un establecimiento que merece ser costeadado por todos. Allí el obrero deja sus hijos al marchar al trabajo y allí les halla cuando por la noche regresa cansado de la labor del día.



LAS MUÑECAS  
REGALADAS POR LAS INFANTAS ISABEL Y MARÍA TERESA

Las damas de Barcelona, siempre dispuestas á prestar su concurso á todo empeño noble, han respondido espléndidamente á la solicitud de los fundadores y organizadores del asilo madrileño.

Es necesario conocer los trabajos, los desvelos que exige una empresa de esa clase, para comprender toda la gratitud á que se han hecho dignas las damas de Barcelona.



LA INSTALACIÓN CENTRAL.

A continuación van los nombres de las señoras que constituyen la Junta que, después de tantos esfuerzos, han logrado organizar la Exposición de muñecas, inaugurada la última semana:

Presidenta, señora de Arnau; vicepresidenta, señora marquesa de Castellflorite; tesorera, señora marquesa de Monsolú; vicetesorera, señora Peralada de Ferrer-Vidal; secretaria, doña Dolores Sert; vicesecretaria, doña María Durán, y vocales, señoras Mulet V. Nicolau, Jover, viuda de Llauradó, Goyllesols, Cabanella, Sotolongo, Nicolau de Liers de Molins, marquesa de Juliá, Castell de Coll, Garriga de Garriga, Reig de Bosch, marquesa de Llinás, Montserrat, condesa viuda del Valle de Marlés, marquesa de Ciutadilla, marquesa de Castellvell, viuda de Solá, Palau, viuda de Boada y Vidal Sala.

Dichas señoras no solamente han contribuído con sus esfuerzos á dar á la fiesta mayor realce, sino que también han donado todas ellas preciosos bebés.

La instalación de las muñecas es grandiosa.

El gran salón del Palacio Restaurant aparece decorado con hiedras y palmas. En el centro y alrededor del salón, junto á las grandes ventanas, se alínean las mesas donde las muñecas se agrupan á centenares. Una mesa representa un chalet, cedido galantemente por el señor Rupilanchas, con un gran jardín donde, multitud de bebés, en actitud de jugar cogidos por la mano, forman corros. En otra mesa, convertida en pista, se amontonan titiriteros



GRUPO DE MUÑECAS REPRESENTANDO UNA BODA

y payasos. *Tontos* que en vez de mostrar la cara imbecil del hazmerreir de circo, sonrían con el rostro rosado y fresco de los bebés disfrazados; en otra mesa están las monjas, los ángeles, todo un cielo diminuto; en otra, las damas de hoy con sus trajes de grandes colas, con sus talles largos, con sus peinados ondulantes; en otra, damas y hombres de otras épocas, reinas y reyes de trágico destino que resucitados por la mano de las modistas, miran tranquilamente con sus ojos ingenuos; en otra los bebés...



OTRA INSTALACIÓN

(Fots. de Ramos y Cobos.)

ñecas cuya expresión se ajuste al carácter de un personaje histórico, de una dama, de un rey. La risa cándida, los ojos negros, parecen una ironía al empaque solemne de la Historia. Además, los chiquillos anónimos, aunque sean de serrín, inspiran una simpatía que no despierta ningún otro muñeco reves-

tido con traje diferente. Para una mujer ha de resultar mucho más agradable vestir á una muñeca las faldillas de un bebé que el chaquetón de monarca.

¿Cómo citar todas las muñecas? Es imposible.

Los bebés son los que vencen en número. Bebés celestes, bebés rosados, bebés blancos, bebés en canastillas, bebés en coche, bebés á pie, bebés para todos los gustos. Bocas diminutas, encendidas como cerezas, ojos negros más grandes que la boca; cabelleras rubias, doradas en ondas ó en prietos tirabuzones; mejillas rosadas, brillantes como la corteza de las manzanas de nuestros huertos. Es toda una generación adorable que en pocos días se esparcirá por Barcelona entera.

Se ve, claramente, que el traje de bebé ha sido el preferido. Se debe eso á una razón bien sencilla. Es muy difícil hallar en fábricas y almacenes mu-

Las hay á centenares. La sola numeración de tanto donativo llenaría columnas enteras.

Las infantas Isabel y María Teresa han regalado un bebé vestido de rosa y una dama trajeada ricamente, y en general puede asegurarse que no ha habido dama en la Condal Ciudad que no haya contribuído con su muñeca correspondiente á la brillantez inusitada de este festival que dejará memoria imperecedera, tanto en cuantos á él han contribuído, como en los infelices niños del asilo que han de ser los que más directamente toquen las benéficas consecuencias de la caridad femenina.

\*\*\*

## Los poemas de Núñez de Arce

I

### GRITOS DEL COMBATE.

**S**u musa heroica de viril acento,  
¡oh bardo amante de la excelsa lumbre!  
plantó su tienda en elevada cumbre,  
donde cesó, para escucharla, el viento.

Y cuando pudo recoger aliento  
é increpar á la torpe mansedumbre,  
temblaron, cual pigmea muchedumbre,  
las almas ruines que secó el lamento.

Y hasta en las aves agitó las plumas  
el son de tu clarín, como en los mares  
la tempestad remueve á las espumas.

¡Pues como el trueno al estallar sombrío,  
tu lira de los épicos cantares  
con voz vibrante ensordeció al vacío!

II

### EL IDILIO.

**E**SENCIA rara, de imperial perfume,  
mana incesante de la hermosa fuente  
del rico sentimiento permanente,  
que ni el pesar escanciador consume.

Dejad que al bardo la pasión abruma,  
iluminando su orgullosa frente,  
pues al influjo del amor que siente  
el mando augusto de la rima asume.

Entonces brotan los idilios castos,  
por una flor de la constancia emblema  
que abre á dos almas horizontes vastos...

Y como veis en el jardín las flores,  
los pensamientos de inmortal poema  
veréis en la canción de los amores.

DIUVALDO SALOM



Por mucho que se temiera,  
¿cómo aun los más pesimistas  
podían pensar que fuera  
tan nefasta la carrera  
de los automovilistas?

Sportmans muy distinguidos  
y chauffeurs los más expertos,  
por el vértigo impelidos  
dejaron en pos seis muertos  
y catorce ó más heridos.

De éstos, los unos están  
en trance tan apurado,  
que ya por muertos los dan;  
y los otros quedarán  
si uno cojo, otro baldado.

¡Gran sport! ¡Buena jornada!  
¡Reñida y gallarda lid!  
¡A fe que nunca olvidada  
será la tan renombrada  
carrera «París-Madrid»!

\* \* \*

Recordemos que la prensa francesa nos ponía de oro y azul—azul el terno y oro los alamares—presentándonos al orbe como toreros y diciendo que era salvaje el espectáculo de las corridas de toros.

Y ¿qué va á decir ahora aquella prensa?

Porque ya se ha visto que esas otras *corridas* resultan una mijita peores que todas las que pudiera  *echar*  el propio Miura.

Bien es verdad que del dicho al hecho...

Anuncian en una plaza próxima á la frontera una *course de toureaux* y lo inmediato es un entradón de franceses.

Y hay que oír é interrogar á cualquiera de ellos cuando se entusiasman en el circo.

—¡Oh, très bien! ¡Vaillant taureau!  
¡Brave toréador!

—¿Quién?

—Voilà:

¡monsieur Joseph Garçia,  
surnommé L'Algabegnó!

\* \* \*

En Navarrés (Valencia), un respetable bandido que había tenido á bien asesinar al médico del pueblo de Ricorp, fué alcanzado por la guardia civil y ¡prrrum!... quedó seco de un tiro de mauser.

¡Hombre, suerte cruel la que ha tenido  
ese infeliz bandido!

¿Cómo no se empleó la persuasión  
que es arma más valiosa que el fusil?  
Nada, que hay que pedir la supresión  
de la guardia civil.

\* \* \*

¿Huelgas de pescadores, de metalúrgicos, de albañiles,  
de obreros del campo?...

¡Bah! Eso no es nuevo.

La huelga nueva es la que se ha iniciado en la Habana.

¡Huelga de boticarios!

Se acabaron los récipes.

Y dirán los que estén sanos  
y no teman enfermar:  
—También debieran holgar  
los médicos-cirujanos.

\* \* \*

Todo dios pedía que se reformase la administración.  
Y llega Maura y reforma la local.

¡Un disparate!

Porque... somos así: andamos mal de ropa.

Pero, se ofrece un maestro sastre á reformarnos la pobre  
vestidura.

Y le sentamos las costuras al maestro.

\* \* \*

Los vecinos del 11  
de la calle de Lauria,  
de noche oían ruidos  
cual broncas campanadas  
dadas en oquedades  
negras y subterráneas...

—¡Gran Dios!—decían ellos—

¿qué hay dentro de esta casa?

Trasgos, duendes y brujas

bajo nosotros andan...—

Cundió entre los vecinos

el pánico y la alarma,

llegaron los del orden

y todo quedó en calma.

¿Por qué huyeron los duendes,

endriagos y fantasmas?

El *ispetor* Peláez

llegóse á aquella casa

y *prencipió* un discurso...

¡y no quedó una rata!

\* \* \*

Pater familias.

Un individuo de Palma se fué á América, se casó con una chilena y tuvo cinco ó seis rorros.

Vuelve el hombre á Palma y se casa con una de su tierra y tiene otros tantos bebés.

De pronto aparece allí la chilena con todos sus vástagos.  
Tableau.

¿Y qué solución, qué recurso le queda á ese hombre?

Con tanto niño, lector,  
cualquier recurso, el mejor,  
siempre habrá de ser *pueril*.

¡Ah! Que se haga director  
de compañía infantil.

\* \* \*

Del Ferrol, el otro día  
tres niñas se han escapado,  
cada una con un soldado  
del arma de artillería.

—¿Tres eran?

—Tres; caballeros.

—¿Buena alguna?

—¿Qué sé yo?

De si eran *buenas* ó no  
darán fe los artilleros.

JULIO MARTÍNEZ LECHA

# BATIBURRILLO

## EPIGRAMAS

En la iglesia suelo ver  
á un viejo bastante pill'o  
ayudar misas, y hacer  
el papel de monaguillo;  
mas ni se quiere lucir,  
ni ayuda porque le vean,  
suele hacerlo por decir  
lo de *juventutem meam*.

Cierta vez al pasear  
con un señor valenciano  
me hizo gracia, al saludar  
á un bizarro militar  
diciéndole:—¡Adiós... paisano!

JOSÉ M.<sup>a</sup> SOLÍS Y MONTORO

\*  
\*\*

—¿Pero no me dijo usted, doctor, que procurase evitar toda emoción fuerte?

—En efecto; para la enfermedad de usted, nada más arriesgado.

—¿Pues cómo se le ocurrió á usted mandarme esta mañana la cuenta?

\*  
\*\*

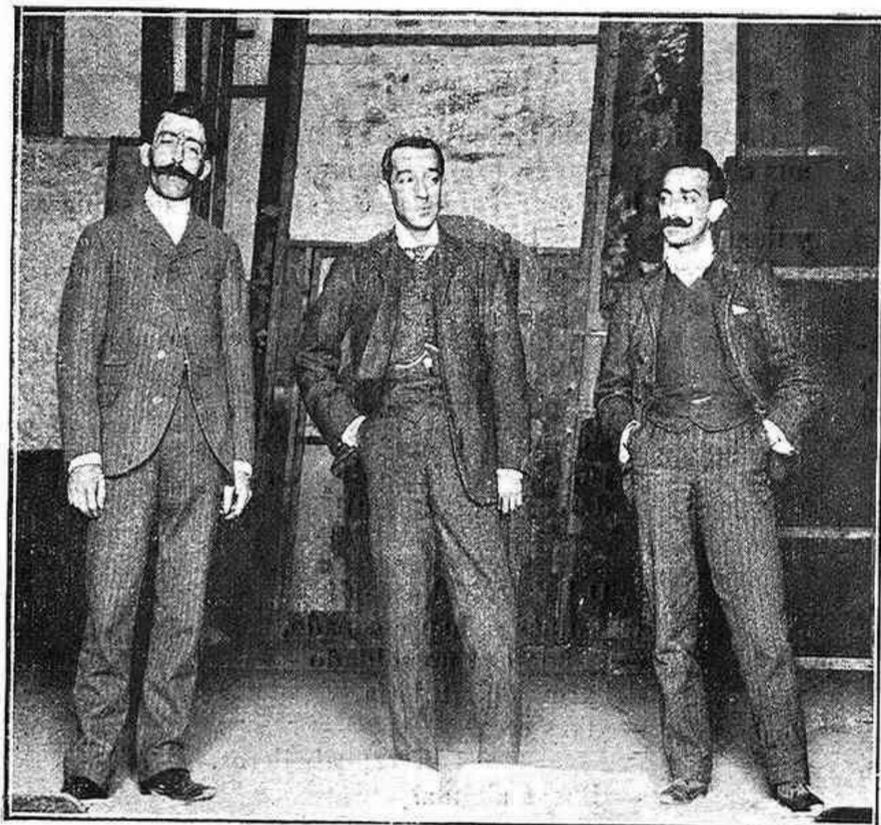
—¡Eh, amigol... véngase á la prevención.

—¡Yol... ¿por qué?

—Por borracho. ¿Piensa usted que no se le conoce?

—Pero ¡hombrel... ¡Esta sí que es fuerte cosa! Todo el mundo me conoce cuando estoy bebido y ninguno cuando tengo sed.

\*  
\*\*



SRES. COMELERÁN, RIQUELME Y P. MUÑOZ

Pintor, director y maestro de *Copito de nieve*, de que damos en otro sitio de este número información fotográfica.

## PASATIEMPOS

### JEROGLÍFICO

# S I R

\*\*

### CHARADÍSTICO MUSICAL

1.º

Nota musical

2.º

Nota musical

3.º

Nota musical

4.º

Nota musical

THUILLIER Y JERRI

\*  
\*\*

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 134

A LA COMBINACIÓN: Danubio.

AL ROMBO:

		M		
	D	A	S	
M	A	R	A	
	S	I	L	
		A		

## BIBLIOGRAFIA

La casa editorial Maucci, infatigable como ninguna, prepara dos obras nuevas que seguramente serán otros tantos acontecimientos como todas las que salen de tan popular establecimiento editorial.

Una de ellas se titula *Beatriz Cenci*, original de F. D. Guerrazzi y traducida por R. Orts Ramos. Es una novela histórica, en que se refiere la muerte de Beatriz y habla de la corte pontificia, sus intrigas, misterios, etc.

La otra lleva por título *La pasión carnal*, está escrita por J. B. Enseñat y constituye un acabado estudio psicológico, en el que el autor hace de su personaje, combatido por la voluptuosidad, un argumento en contra del celibato sacerdotal.

Ambos libros estarán presentados con la pulcritud y buen gusto que tiene acreditada la casa Maucci.

—La casa editorial de *Nuevo Mundo* acaba de poner á la venta una hermosa novela, titulada *Los Usurpadores*, escrita por Leonard Merrick, autor inglés.

Aunque este novelista no es todavía muy conocido de nuestro público, es, sin embargo, un autor de los que más boga alcanzan hoy día por los excepcionales asuntos que desarrolla en sus obras.

En *Los Usurpadores*, uno de sus mejores libros, se trata de la suplantación de un estado civil.

## CORRESPONDENCIA

*L. P.*—Almería.—Se tendrán muy en cuenta sus amables observaciones y prudentes advertencias.

*J. G. y C.*—No demuestra usted malas condiciones para cultivar el género cómico. Pero le falta práctica y... mala intención.

*Leguina*—No se puede decir que estén mal, pero carecen de novedad.

*P. del R.*—Me parece imposible que quien escribe esos versos sea el mismo que escribe la carta que los acompaña. ¿No habrá algún escamoteo?

*J. A. D.*—El cuentecillo se insertará *Deo volente*. Respecto á la novela que ofrece, no se puede hacer nada. ¡Hay tanto material acumulado!

*Seguridad.*—Versifica usted con soltura y gracia. ¡Lástima que el asunto elegido tenga tan poca punta!

F. Giró, imp.—Calle de Valencia, 233, Barcelona.